

FEDERICO LEAL.

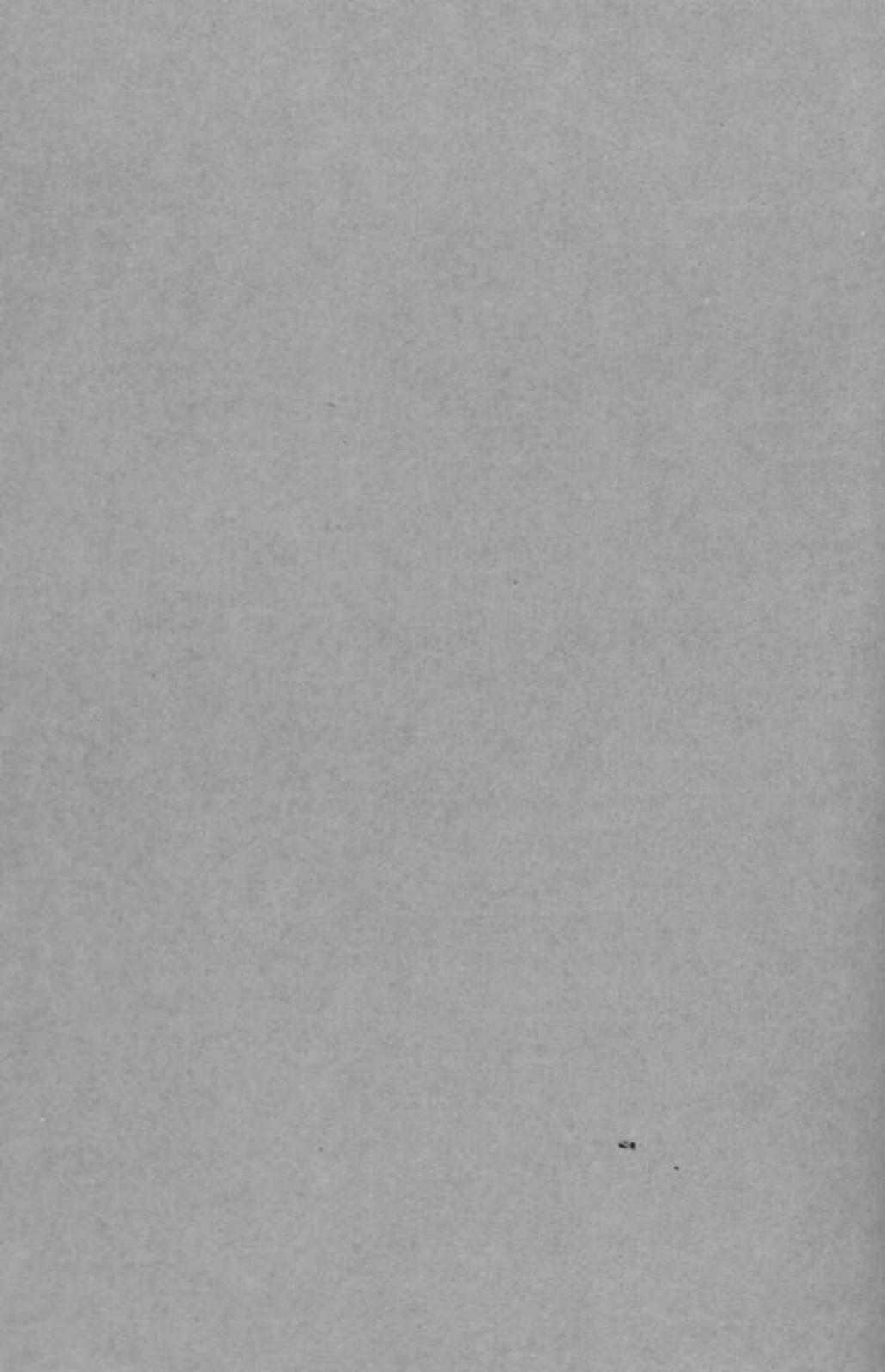
LA VOZ EN EL DESIERTO

POEMA

MADRID.

LIBRERIA
DE
FERNANDO FÉ
Carrera S. Gerónimo

LIBRERIA
DE
A. DE S. MARTIN
Puerta del Sol



De
con

LA VOZ EN EL DESIERTO

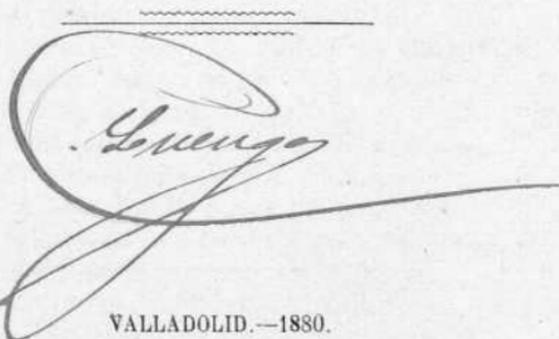
t. 1246596
c.



FEDERICO LEAL.

LA VOZ EN EL DESIERTO

POEMA



VALLADOLID.—1880.

IMPRESA, LIBRERIA Y ALMACEN DE PAPEL

de Hijos de J. Pastor.

Cantarranas, 26.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY



R. 154287

L.

La voz en el Desierto.

I.

G. A. y 7e 4af

ERA una noche oscura de Diciembre.
De un negro callejon en el extremo
se elevaba un casuco miserable
que ocultaba entre ruinas sus cimientos.
Blanco manto de nieve se estendia
sobre la tierra; se agitaba el cierzo
silbando alborotado; pardas nubes
cruzaban los espacios, y de lejos
se oian los rumores del combate
que traban entre sombras y misterios
y agitando los senos de la noche,
las nubes, y las olas, y los vientos.

Cuatro tablas negruzcas y rajadas
por el cruel azote de los tiempos
que cubrian la entrada del casuco,

sobre sus goznes de oxidado hierro gemían sordamente, y golpeaban el quebrantado marco con estruendo, abriéndose y cerrándose al impulso del creciente huracán. Tenía empeño el viento en desquiciar aquella puerta y arrojar sus pedazos por el suelo.

En aquella vivienda desolada no había luz; pero se oían dentro el llanto de dos niños y las voces de una muger que demandaba al cielo misericordia. Y los gemidos tristes de aquellos niños, y los tristes ruegos de la muger aquella, arrodillada sobre las frias losas, en el centro del apagado hogar, se confundían con los intermitentes y violentos golpazos de la puerta contra el muro de endurecido barro, y con los fieros gritos del huracán que penetraba soplando en los oscuros aposentos y removiendo el polvo de los pisos y las telas de araña de los techos.

Era aquello una especie de sepulcro lleno de oscuridad, en cuyo seno, dos rubias cabecitas reclinadas en doloroso grupo sobre el pecho henchido de sollozos de una jóven y pálida muger, con movimientos convulsivos y rápidos, solían agitarse mezclando sus cabellos, como si entre sus rizos resbalaran alguna vez los invisibles dedos helados de la muerte. Aquellos niños tenían frio y hambre. Medio envueltos

en desgarradas ropas y asomando
por todas partes sus delgados miembros,
temblaban como tiemblan las endebles
varas de espino que sacude el viento.
Y ora enlazando sus bracitos; ora
rompiendo con sus gritos el silencio;
ora espantados de sus propias voces,
con los ojos inmóviles y abiertos,
viendo pasar en procesiones lentas
todas las sombras que amonтона el miedo,
miraban á la puerta y escuchaban
con inquieto ademán y oído atento
los ruidos exteriores.

Era tarde;

eran mas de las doce, y en el pueblo
estaba todo oscuro y silencioso.
Ni una luz encendida, ni un reflejo
escapado á través de una ventana
mal cerrada, ni un pórtico entreabierto,
ni un transeunte en las oscuras calles,
ni una palabra, ni una voz, ni un eco.
Parecia que allí no habia nada
que turbase el sosiego de los sueños.
La conciencia agitada por la duda;
los gritos escapados á los pechos
que conturba la culpa; los gemidos
de la viuda infeliz, del triste huérfano;
los pasos asustados de la virgen
que trémula abandona el blando lecho
para asistir á la primera cita;
las palabras lanzadas al secreto
de la lóbrega noche, y los rumores
y la inquietud de ese combate eterno
en que se agita el hombre, parecian

no existir en aquel hacinamiento
de moradas de vivos, mas calladas
que las mudas mansiones de los muertos.

En el instante mismo en que los niños
clavaban sus miradas con empeño
en la abertura del casucho, un hombre
de elevada estatura, á pasos lentos
cruzó el umbral y penetró despacio
por el oscuro pasadizo estrecho.
Los niños que miraban hácia fuera
desde la densa oscuridad de adentro,
viéronle entrar, y adelantando juntos
sus temblorosas manos, con acentos
que parecían pénétrar el alma
después de haber estremecido el cuerpo,
gritaron: —Padre! danos pan! El hombre
no avanzó un paso mas; guardó silencio
en el instante aquel; cruzó los brazos
sobre el robusto y agitado pecho;
ahogó un feroz gemido en su garganta
y en su lábio un terrible juramento,
é inclinando su pálida cabeza
llena de negros y ásperos cabellos
bajo el enorme peso de confusas
ideas y sombríos pensamientos,
volvió á salir del misero recinto
con paso firme y ademán resuelto.
—Juan! Juan! gritó con suplicantes voces
que entre el rumor del viento se perdieron,
la muger infeliz, puesta de hinojos
en el nevado umbral y alzando al cielo
sus dos brazos desnudos. Nadie oía
sus desolados gritos cuyos ecos
sonaban en las ruinas solitarias

y en los campos lejanos y desiertos.
Volvió junto á los niños, y los niños
entre sus brazos á llorar volvieron,
y continuó la puerta golpeando
la terrosa pared, y siguió el cierzo
silbando por la calle, y los enjutos
lábios de la muger, madre de aquellos
dos séres inocentes que pedían
un pedazo de pan, también siguieron
dirigiendo á lo alto desde el fondo
del alma dolorida, tristes rezos.

II.

CON paso firme y breve
hollaba Juan la nieve,
que hundíase crugiendo
bajo sus anchos pies.
Corría, y avanzaba,
y rápido cruzaba
ahora una plazuela,
un callejon despues.

Tinieblas le envolvian,
tinieblas le movian;
porque alma y cielo, negros
estaban á la par.
Y acaso con el viento
iba su pensamiento
por las encrucijadas
oscuras del azar.

¿A dónde va? El destino
por lúgubre camino
le arrastra como pluma
que lleva el aquilon.
Ni vé, ni oye, ni siente.
En su agitada mente
batallan las ideas
en ruda convulsión.

Estaba blanco el suelo
y estaba negro el cielo;
y entre tiniebla y nieve,
las torres del lugar
se alzaban semejantes
á lúgubres gigantes,
testigos de los tiempos
que ruedan sin cesar.

Llegó Juan á una puerta.
Llamó con mano incierta,
dando primero un golpe
y mas tarde otros dos.
—¿Quién es? le contestaron.
—¿Qué quiere? le gritaron?
Y él dijo: —Una limosna
por el amor de Dios!

—Para eso me despiertas?
No llames á otras puertas;
porque á estas horas, nadie
limosna te dará.
Juan se apartó, y siguiendo
la calle, iba diciendo:
—Todos no son lo mismo;
alguno me abrirá.

De un pórtico cercano
tomó en la yerta mano
el aldabon de hierro;
dió un golpe y otros dos.
¿Quién es? gritó un acento
que resonó en el viento.
—Hermano, una limosna
por el amor de Dios!

Oyó que se agitaban
por dentro; que cerraban
las puertas, y decían;
—Lárgate de ahí, truhan.
Marchando á paso lento,
dijo con triste acento:
—Si en esa casa cierran,
en otra me abrirán.

Y lleno de amargura
llamó en casa del cura
con golpes que sonaron
unos de otros en pós.
Y con acento seco
que repetía el eco
gritaba: —Una limosna
por el amor de Dios!

Aquel cura tenía
un perro que dormía
trás de la misma puerta
donde llamaba Juan,
y que con voz potente,
colérica, imponente,
ladraba desde el fondo
del lóbrego zaguan.

Los perros se alarmaron;
la calle alborotaron,
y Juan daba los golpes
con tal tenacidad,
que al ruido de los hierros,
las voces y los perros,
se despertó asustada
toda la vecindad.

El cura, que soñando
acaso estaba, cuando
le despertó el ladrido
de su lebel feroz,
dejó el lecho de un salto,
salió al balcon mas alto
y desde allí —Ladrones!
gritó con ronca voz.

—Ladrones! Asesinos!
gritaron los vecinos;
y puertas, y ventanas
se abrian á la par,
é inquieto se movia
el barrio, y parecia
su agitacion creciente
la del revuelto mar.

El lecho abandonaban
las gentes; se apiñaban
en medio de la calle;
bullian en monton,
juraban, maldecian,
ahullaban y pedian
luces y armas, y todas
gritaban: —Al ladron!

Tan tumultuoso ruido
llegó al cabo al oído
del alcalde, y aquella
celosa autoridad,
citó al ayuntamiento,
y fué obra de un momento
la de acordar medidas
por unanimidad.

Tres grupos de alguaciles
armados de fusiles,
bajaron por la calle
con pausa y precaucion.
Mas cuando así bajaban
en órden, ya no estaban
las gentes en las puertas,
ni el cura en el balcon.

Muy largo tiempo hacia
que en santa paz dormia
la que antes fué ruidosa
é inquieta vecindad.
Y ya por el Oriente
subia lentamente,
del alba perezosa
la blanca claridad.

III.

JUAN miró en derredor. Algunos setos,
algun enjuto espino
que la nieve cubria,
se agitaban inquietos
al impulso del ráudo torbellino
que los secos ramages sacudia.

Alli no habia templos, ni palacios,
ni cabañas, ni pórticos, ni muros,
sino estensos espacios
silenciosos y oscuros,
y el campo árido y yerto,
cuya capa de nieve,
como la blanca arena del desierto
que revuelven furiosos torbellinos,
trocada en polvo leve
se alzaba en caprichosos remolinos
que en inmensas alturas se perdian,

ó en alas de los vientos se alejaban,
pareciendo que apenas
del seno de las nubes descendian,
al seno de las nubes se tornaban.

Vencido bajo el peso de sus penas,
débil y fatigado
el pobre Juan, que habia abandonado
la poblacion huyendo, contemplaba
con vista inmóvil y arrugada frente
la estrepitosa y rápida corriente
de un río caudaloso que rodaba
por la tortuosa hondura
de profunda y angosta cortadura.
Y la profundidad, y el turbulento
rumor de aquellas aguas agitadas
con tumultuoso y raudo movimiento,
y los reflejos pálidos y errantes
que sin saber de donde descendian,
en las ondas flotantes
con trémulo fulgor resplandecian,
inspirábanle horror y á un tiempo mismo
cierto anhelo interior de paz futura
que le atraía hácia la negra hondura
con la atraccion terrible del abismo.
Dos lágrimas ardientes descendieron
de sus ojos, dos gotas de amargura
que entre la espesa barba se perdieron,
y del pecho agitado y oprimido,
brotó ronco, profundo,
doloroso gemido,
tal vez la triste despedida al mundo.

Mas en aquel momento,
llevó hasta sus oidos

en sus rugientes ráfagas el viento,
los alegres sonidos
de una música dulce y armoniosa
que escitaba á gozar á los sentidos.
Volvió la vista inquieta y anhelosa
hácia el lugar de donde parecía
venir aquella plácida armonía,
y vió no lejos de él los resplandores
de una brillante luz, que se escapaban
al través de mil vidrios de colores
y el velo de la sombra desgarraban.

Se alzaba allí una especie de palacio
de vulgar y moderna arquitectura
situado en medio del estenso espacio
de una vasta llanura
poblada de alamedas, y jardines,
y sotos, y viñedos, y frutales,
con terrenos afines
que por títulos reales
en plena propiedad pertenecian
á un honrado señor, de quien decian
las lenguas maldicientes
de las groseras gentes
á que inspira la envidia, que años antes
discurría con pasos vacilantes,
y misterioso porte,
y vieja y remendada vestidura
por un humilde barrio de la corte,
y habitaba una misera guardilla
que parecía un féretro en la altura.
Lo cierto es que este Creso de la villa,
pobre ayer, ó ratero,
ó ladron en la plaza ó el camino,
ó falso monedero,

secuestrador acaso ó asesino,
era al presente un rico propietario,
un gran capitalista,
un hombre millonario
con fama de entendido economista.
Y aunque alguno en voz baja murmuraba,
nádie se aventuraba
á someter sus actos á registro.
¿Quién sabe si algun día
llegaria aquel hombre á ser Ministro?
Porque la suerte es loca y caprichosa;
porque es el porvenir del todo oscuro,
y en fin, porque no es cosa
contraria á la social naturaleza,
ni á la ignorada ley de lo futuro,
ni es suceso que causa maravilla,
que quien era deudor de su cabeza
á la fatal cuchilla
del infame verdugo,
llegue por la ventana ó por la puerta
á pontífice máximo, y en tanto
que todos sufren su pesado yugo,
él triunfe, goce, ria y se divierta.

Dentro de aquel palacio, se agitaban
gentes que como sombras
de fantástico sueño, resbalaban
sobre blandas alfombras.
Había allí mugeres medio envueltas
en gasas trasparentes y flotantes,
con las rizadas cabelleras sueltas
sembradas de brillantes
y verdes esmeraldas,
y los desnudos senos palpitantes,
que alzaban en sus manos temblorosas

perfumadas guirnaldas
de azules lirios y de frescas rosas.
En sus brillantes y rasgados ojos
el fuego de sus almas relucía;
atrevida sonrisa discurría
entre sus labios húmedos y rojos,
y con apasionados movimientos
y voluptuosas vueltas
que bajo tules débiles mostraban
á los ojos atentos,
de sus formas artísticas y esbeltas
toda la seducción y la hermosura,
bailaban el cán-cán solemnemente.

Juan, que como fantasma solitario
de aquella noche oscura
había allí llegado lentamente,
miraba con asombro extraordinario
y la cara pegada á los cristales
de una de las ventanas,
aquel cuadro de escenas inmorales
y de impuras imágenes livianas.
Y vió que aquellas gentes
que le mostraban en el rostro impresa
la huella de deseos impacientes
y torpes apetitos,
se agrupaban en torno de una mesa
cubierta de manjares esquisitos
y de vasos brillantes
y copas de colores diferentes,
donde aquellas mugeres elegantes
y de rostros divinos,
con sus niveas manos escanciaban
los espumosos vinos
que en el cristal brillante chispeaban.

Ante aquel espectáculo incitante
que contemplaba con los ojos fijos
y el corazón inquieto y palpitante,
pensó Juan en sus hijos
y en su infeliz mujer honrada y pura;
pensó en aquellos seres adorados
y á injusta desventura
por el cruel destino condenados.
Y apretando un garrote en la callosa
y formidable mano, con aleve
y terrible ademán, y cavilosa
y sombría actitud y paso breve,
se dirigió á la entrada
de aquella rica y singular morada.
Llegó; empujó la puerta
que se hallaba entornada;
entró; volvió á cerrar; con vista incierta
miró á su alrededor y no vió nada.
El paso estaba franco.
En el ancho vestibulo no habia
mas que un viejo portero que dormia
y roncaba tendido sobre un banco.

IV.

UNA VOZ DENTRO.

Bebamos y cantemos
las copas apuremos;
bebamos hasta el fin.
¡Vivan la luz, las flores,
los cantos, los amores,
la música, el festin!

OTRA VOZ.

Bebamos! El vino
ahuyenta el pesar.
Y mientras soñamos
y alegres gozamos,
por recto camino
cumplimos las leyes

de nuestro destino.
El bien es gozar.

OTRA VOZ.

¡Malditas sean las penas
y malditos los quebrantos,
las cadenas
y los llantos!

Y benditos los placeres,
los manjares y los vinos,
y los encantos divinos
de las hermosas mugeres
que nos brindan
en sus brazos
dulces lazos,
y en sus bocas
dulce miel.

Las lágrimas y las penas,
son las únicas cadenas
que los hombres nos forjamos,
en esta alegre Babel.

CUADRO AL NATURAL.

EN EL COMEDOR.

D. TOMÁS (*á Julia.*) ¿Qué tienes? Julia. Estás pálida.

Bebe un poco de Champagne.
Aunque el rostro melancólico
te sienta bien, en verdad,
yo que vivo con la época
y rindo culto á lo real,
aunque me gustan las lágrimas,
me gustan las risas mas.

¿No te ries? ¿No estás cómoda
en este blando diván?

¿Te ofende la luz espléndida?

¿Te oprime el corsé quizá?

Nada de eso.

JULIA.

D. TOMÁS.

Es que la música
te dió jaqueca?

JULIA.

No tal.

Es que sombrías imágenes
suelen venir á turbar
en medio del mas opiparo

festin, mi felicidad.
 Es que en medio de las músicas,
 de la alegre bacanal,
 suelo yo pensar con lástima
 que mientras con loco afán
 y en desenfrenada crápula
 gastamos vida y caudal,
 cuántas criaturas miseras
 no tendrán lumbre, ni pan!

UN CONVIDADO, (*con ironía.*)

¡Sublime idea!

OTRO.

¡Magnífica

estupidez!

OTRO.

¡Necedad

insigne!

OTRO (*al oído de una rubia.*) Responde, Angélica.

¿Es tonta tu amiga?

ANGÉLICA (*con desdén.*)

Bah!

La ha dado por lo romántico
 y por lo sentimental.

UNA JOVEN.

Julia se acuerda del prógimo
 siempre despues de cenar;
 cuando ha llenado el estómago
 de pechugas de faisán.

Todos los convidados aplauden.

D. TOMÁS (*á Julia.*) Es una idea ridicula,

indigna de tu beldad.

Ofreciéndola una copa de vino de Chipre.

Bebe un poco de este néctar;

come un poco de foie-gras;

diviértete sin escrúpulo,

y profesa esta verdad

que pronunció Sardanápalo

no sé cuantos siglos há:

«Come, bebe, goza, limite

»no pongas nunca al gozar.

»En esta existencia rápida

»es mentira lo demás.»

Todos los convidados se levantan, chocan sus copas y cantan en coro:

Bebamos y cantemos;

las copas apuremos;

bebamos hasta el fin.

¡Vivan la luz, las flores,

los cantos, los amores,

la música, el festín!

JUAN (*desde la puerta, con el garrote en la mano y los zapatos llenos de barro.*)

¿No habrá para mí, señores,
algun pedazo de pan?

D. TOMÁS.

¿Quién eres tú? Quien te ha dado
licencia para turbar
mis placeres? ¿Quién la entrada
te ha permitido?

JUAN.

Soy Juan,
el jornalero. Mis hijos
se mueren de hambre. Hace ya
seis días, señor, seis días
que no hay en mi casa pan.
Seis días hace que el fuego
no se enciende en el hogar.
El niño está sin chaqueta,
y como este vendaval
se cuele por todas partes,
tiembla de frío el rapíz.
La niña está sin zapatos.
Con este tiempo glacial,
sus piecitos de rosa
brotando la sangre están.

D. TOMÁS.

Y á mí ¿me importan acaso

- los males de los demás?
Para demandar limosna
no se pasa del umbral.
JUAN. Yo vagaba por el campo.
Llegué por casualidad
á este palacio. Vi luces,
y por detrás de un cristal
vi otras cosas que mis ojos
no habian visto jamás.
Vine á este salon errando
y encomendado al azar,
para pedir las migajas
de este festin. Lo demás
no me importa; que á su modo
se divierte cada cual.
- D. TOMÁS. Pues yo te ordeno que al punto
nos dejes gozar en paz.
- JUAN. ¿Y no me dá usted limosna?
- D. TOMÁS. Que te la dé Barrabás.
Tu eres un ratero. Marcha
por donde entraste.
- JUAN. Es igual.
Y puesto que usted supone
que soy un ladron, quizás
porque este rico palacio,
y esa estensa propiedad,
y estos muebles, y esas luces,
y esos vinos, y ese pan,
y esos manjares, son fruto
del crimen, y acaso está
sobre cada objeto escrita
una memoria fatal,
yo tomaré por la fuerza
lo que usted no quiere dar.
-

Y aquel hombre, con coléricos
ojos, y espantosa fáz
levantó en su mano áspera
el palo descomunal,
y con movimiento rápido
y la fuerza de un Goliat
lo descargó con estrépito
sobre la mesa, en la cual
rodaron hechos mil átomos
y en desórden singular,
las tazas de fino búcaro
y las copas de cristal.
Y en seguida, con intrépido
y decidido ademán
se fué á Julia y arrancándola
los pendientes y el collar,
mientras ella yerta y lívida
caía sobre el sofá,
dejó en su boca un impúdico
beso ruidoso y brutal;
soltó una risa satánica;
cogió una botella, un pan
y una bandeja de artístico
trabajo y rico metal;
fué á la ventana mas próxima
y la abrió de par en par
dejando paso á las ráfagas
del furioso vendaval,
y dando un salto titánico
como los tigres lo dan,
se perdió detrás del lóbrego
telon de la oscuridad.

V.

ESCENAS DE ALDEA.

1.^aEN LA PLAZA.

(Día de San Juan.)

- UN LABRADOR. Hoy es día de contento.
OTRO. Por el patron del lugar.
OTRO. Bien puede un día gozar
quien trabaja y sufre ciento.
OTRO. Tal es para el labrador
la ley penosa y eterna.
LABRADOR 1.^o Por culpa del que gobierna
cada vez vamos peor.
LABRADOR 2.^o Se trabaja en el invierno,
y luego lo que al verano
se toma con una mano,
con otra se dá al gobierno.

- LABRADOR 3.º Nuestros continuos sudores
escaso producto dan.
- LABRADOR 4.º Porque otros comen el pan
de los pobres labradores.
- LABRADOR 2.º Y aunque ven que nuestros frutos
y nuestro afan incesante
no alcanzan ni son bastante
para pagar los tributos,
invaden nuestros cortijos
invocando negras leyes.
- LABRADOR 3.º Y nos venden nuestros bueyes.
- LABRADOR 1.º Y nos llevan nuestros hijos.

-
- EL BOTICARIO. Dicen que es un millonario
el bueno de don Tomás.
- EL ALCALDE. Su oro brilla.
- EL CURA. Brilla mas
su talento estraordinorio.
- UNHACENDADO Es hombre prudente y sério.
OTRO. Y noble sin duda alguna.
- UN MERCADER. Pues dicen que su fortuna
es un oscuro misterio.
- EL MÉDICO. Habladurias!
- EL MERCADER. Tal vez.
- EL CURA. Oculta mucha perfidia
el mundo.
- EL BOTICARIO. Y luego la envidia
busca cebo en la honradez.
- EL POSADERO. Oí decir á un viagero
cierto dia en mi posada,
que ese hombre no tiene nada
de honrado ni caballero.
Que los nombres que ha tomado,

- y el traje que se ha vestido,
y el capital adquirido,
son las obras de un malvado.
Que esa señora que lleva
oro y perlas de los pies
á la cabeza, no es
esposa, sino manceba.
- EL MÉDICO. Afirmo que eso es un cuento.
Ese viagero será
algun bribon y querrá
que como él lo sean ciento.
- EL BOTICARIO. Sobre todo, es mas prudente
brindar á ese hombre amistad,
sea ó no sea verdad
lo que murmura la gente,
que ser su enemigo.
- EL CURA. Pero
si lo que el vulgo murmura
es cierto.....
- EL MÉDICO. Bah! señor cura,
el vulgo es muy majadero.
- EL MERCADER. Pues yo francamente, dudo
si ese hombre será un farsante.
- EL HACENDADO Yo desde hoy en adelante
no le devuelvo el saludo.
Desprecio su capital.
Que le adule su muger.
- EL ALCALDE. Lo mismo pienso yo hacer.
- EL CURA. Y yo tambien.
- EL BOTICARIO. Y yo igual.

Asi el médico y el cura,
El boticario, el alcalde,

y unos cuantos propietarios,
y otros cuantos personajes
hablaban, cuando á la plaza
llegó un carruaje elegante
tirado por dos caballos
de pura raza de Tarbes.
Muellemente reclinada
en el fondo del carruaje
iba una muger. Sus ojos
eran azules y grandes,
dulce su mirada, viva
y juguetona y picante
la sonrisa que animaba
su rostro; su acento suave,
pequeña su mano oculta
bajo un finísimo guante,
y entre sus rubios cabellos
inquieta mezclaba el aire,
flotantes cintas de seda
y delicados encajes.

Iba junto á ella sentado
un hombre de aspecto grave
y sério, cual corresponde
á quien sabe lo que vale
el oro de su gaveta,
á quien sus virtudes sabe
y á ocupar aspira en breve
posiciones importantes.
Era jóven todavía;
pero en todos sus modales,
en todas sus actitudes,
en todos sus ademanes,
algo habia de violento
que no borraría el alarde
de seriedad que intentaba

imprimir en su semblante.
Tenia el mirar oblicuo,
la boca plegada y grande,
la frente estrecha, el cabello
encrespado y abundante,
las cejas negras y espesas,
el color pálido y mate.

En el centro de la plaza
paró el coche, y al instante
los que formaban el grupo
donde se hallaba el alcalde,
se acercaron presurosos
con las cabezas al aire,
agitando los sombreros,
dando tortura á los talles
con esas genuflexiones
que humillan al que las hace,
y dibujando en los labios
las sonrisas mas amables.
Todos hablaban á un tiempo;
todos pronunciaban frases
de lisonja que acogia
Don Tomás con buen talante,
y todos puestos en fila
al estribo del carruage,
al caballero y su dama
dejaron abierta calle
y despues formando escolta
fueron la plaza adelante.

Al mismo tiempo dos hombres
de negro y manchado traje,
puesto en unas angarillas
conducian el cadáver

de una muger, mal oculto
bajo harapos miserables.

UN JÓVEN (*acercándose á los enterradores y marchando
con ellos.*)

¿Por qué llevais á esa muerta
de ese modo y sin mortaja?

ENTERRADOR 1.º No hubo cuartos para caja
ni hábito y vá descubierta.

EL JÓVEN. Y así sin luces ni cura
¿la llevais?

ENTERRADOR 2.º Para enterrarla.
Ya deseamos dejarla
metida en la sepultura.

ENTERRADOR 1.º ¿Quieres verlo? Es cosa breve.
Se cava un hoyo en la tierra;
se la echa en él; se la entierra,
y que el demonio la lleve.

EL JÓVEN. ¡Vaya una calma glacial
ante esos despojos yertos!

ENTERRADOR 1.º Así se entierra á los muertos
cuando no tienen caudal.

EL JÓVEN. ¡Pobre muger! Era bella
y jóven.

ENTERRADOR 2.º No resucita.
Si te parece bonita,
reza un responso por ella.

EL JÓVEN. ¿Sabeis quien era?

ENTERRADOR 1.º Si, á fè.
Era la muger de Juan,
de aquel infame truhán
que robó yo no sé qué.

ENTERRADOR 2.º Con justicia lleva el peso
de su mísera cadena.

EL JÓVEN. Ella habrá muerto de pena.

ENTERRADOR 2.^o Nadie se muere por eso.

EL JÓVEN. ¿Y tenían hijos?

ENTERRADOR 1.^o Dos.

EL JÓVEN. Él en presidio! Ella muerta!
Los hijos de puerta en puerta
irán mañana. ¡Gran Dios!

UNA VOZ CANTA.

Amémonos como hermanos.
Tal es la ley del Señor
que une á todos los humanos
en santo lazo de amor.

2.^a

EN UNA CALLE.

*Un niño conduce de la mano á una niña
mas pequeña que él. Ambos lloran.*

UNA VIEJA (*hilando un copo de lana en el umbral de una
puerta.*)

¿Donde vais criaturas?

Por qué ese llanto?

EL NIÑO. Es que á mi madre llevan
al campo santo.

LA VIEJA. Vuélvete; llora
en tu casa.

EL NIÑO. No tengo
casa, señora.

LA VIEJA. ¿De qué murió tu madre?

EL NIÑO. Murió de pena.

LA VIEJA. ¿Y tu padre?

EL NIÑO. Le ataron
á una cadena.

LA VIEJA. Piedad implora.

EL NIÑO. Piedad! Si no me escucha
nádie, señora.

LA VIEJA. Asi ireis por el mundo,
séres sin madre
con el nombre maldito
de vuestro padre.

Y muchas puertas
encontrareis cerradas,
pocas abiertas.

¡Oh! pobrecitos niños!
Sin ser culpables,
vais á ser en el mundo
dos miserables,
dos almas solas,
dos velas arrojadas
sobre las olas.

EL NIÑO.

Amparadme!

LA VIEJA.

Soy pobre.

EL NIÑO.

Vendré mañana.

LA VIEJA.

Acaso estará muerta

La pobre anciana.

Pide á Dios; ora.

EL NIÑO.

¿Me oirá?

LA VIEJA.

Tal vez.

EL NIÑO

Le pida

tal vez, señora.

VI.

Tristemente cruzaron
los infelices huérfanos la calle,
y sin volver los ojos se alejaron
del ruido de la aldea y caminaron
al azar por el valle.

Brillaba el sol; se sonreía el cielo;
sonreía la tierra; sonreían
las blancas margaritas que cubrían
los senderos del llano; sobre el suelo
las doradas espigas se mecían
al soplo dulce y vago
de fugitivas brisas,
y continuas y plácidas sonrisas
alegraban las olas en el lago.
En confuso y alegre movimiento
palpitaban las hojas y los nidos
á los besos del viento,
y en los rayos de sol que atravesaban
los flotantes tegidos

de las ramas espesas, pululaban
ejércitos brillantes
de insectos zumbadores,
cuyas alas inquietas y brillantes
reverberaban iris de colores
rápidos, fugitivos y cambiantes.

En la apartada población se oían
canciones melodiosas y lejanas,
y el bullicioso son de las campanas
que anunciaban la fiesta.
Y fuera del poblado, en la estendida
campiña, en la floresta,
en la selva desierta y escondida,
bajo el risueño cielo, se agitaba
sonriendo la vida.
Era el contento universal. Volaba
de la tierra á los mares,
y de los mares mismos
se elevaba á los mundos estelares
y agitaba en sus senos los abismos.

Los dos niños corrieron, y corrieron,
y llegaron á un monte, y con los ojos
inundados de lágrimas, cayeron
abrazados de hinojos.

—Tal vez! dijo el mayor. Y prosternados
sobre el callado suelo
y al alto y mudo cielo
los inocentes ojos levantados
oraron en voz alta, y allí unidos,
acariciando fé de almas sencillas,
entre rezos, y llantos, y gemidos
les sorprendió la noche de rodillas.

Les asustó la soledad; espanto
la oscuridad les infundió; pavora

les inspiró el silencio. Dieron gritos,
dieron voces de llanto
y espantosos gemidos de amargura,
y nadie respondió. Sus tristes voces
iban por el desierto y se perdían
en límites remotos.

Asustados, frenéticos, veloces,
volvieron á correr y no sentían
que iban dejando sus vestidos rotos
en las ramas punzantes. Ya no oían
la algazara lejana
de la fiesta, ni brisas sonrientes
llevaban á su oído,
aquel eco sonoro y conocido
de la alegre campana
que interrumpió sus sueños inocentes
al despuntar la luz de la mañana.

¿A donde van? Sin rumbo ni camino
ruedan por las pendientes
profundas y fragosas del destino
misterioso é incierto,
exhalando sus voces al desierto,
sin que el tiempo detenga su carrera,
ni se altere la ley del movimiento,
ni se conmueva el átomo siquiera,
ni esos gritos de duelo y de amargura
que difunde en el viento
de la mortal y humana criatura
la espantada conciencia,
obten gan mas respuesta de la altura
que inmutable y eterna indiferencia.

FIN.

~~~~~  
*Esta obra es propiedad del autor, el cual ha  
hecho el depósito que marca la ley.*  
~~~~~


LA VOZ EN EL DESIERTO forma parte de una colección de poemas escritos bajo un plan general y un solo pensamiento, que se publicarán sucesivamente.

OBRAS PUBLICADAS DEL MISMO AUTOR.

EL REY DE LOS PAYASOS: edición agotada.
DE ÓRDEN DEL REY: leyenda del siglo XVI.
En preparación: EL VIAGE Á LA TUMBA, poema.

PRECIO: **UNA** peseta en toda España; **DOS** en Ultramar.